

ACROBACIAS

RAFAEL PÉREZ ESTRADA

TATUAJES [*Textos*]

J. M. GARCÍA AGÜERA

SERIGRAFÍAS

G. A.

EDICIONES

C O I N (M á l a g a)

1 9 8 7

T A T U A J E S

RAFAEL PÉREZ ESTRADA

“Cómo puedo dibujar una hermosa muchacha en tu pecho —dijo desca-
rado el maestro al Tercer Emperador— si la única muchacha digna de tí
está tatuada en el mío.

En el seno de la geisha Tsieou Kin una mano experta ha-
bía dibujado una abeja de oro que libaba del pezón rosá-
ceo de la muchacha. Al parecer, esta fue la causa de la
ruina del segundo Shogún de la familia Minamoto.

Li Po decía: “El verano dibu-
ja la nostalgia sobre el invier-
no, la primavera graba triste-
za en el ánimo del solitario, y
el amor tatúa un cuerpo en
otro cuerpo. Lo demás es co-
mo el vuelo de un pájaro an-
tes del triunfo de la caza”.

Los más bellos tatuajes, dijo el maestro, no son estos que ahora véis,
no. Son aquellos indelebles que guardo en mi memoria, aquellos
que en mi juventud dibujé una tarde de mayo en Kyoto sólo con
mis caricias.

Tuvo un sueño de agua, un sueño fluido que acababa en la irregular transparencia de un estanque. En él, los paisajes más lejanos, los lugares secretos de la infancia se dibujaban en la inversión nostálgica de lo imposible. El vuelo reflejado de un ánade le hizo dudar de la realidad del sueño, y para probarse se pensó muchacho nadador y desnudo. Al despertar vio en su pecho la gracia de una carpa dibujada por una mano amiga.

La visión tenía el misterio de un antiguo paisaje japonés desvaneciéndose en la seda de un kimono de corte. En el sueño se veía un círculo cerrado de samurais que, con el torso desnudo, hacían corro alrededor de su Señor. El corro se abría y, solícito y reverencial, el shogún recibía a otro igual a él. Después, con paso majestuoso, con la indolencia del príncipe que protocolariamente ha de hacer una visita al gran Museo, el anfitrión le explicaba al recién llegado la calidad de su tesoro pictórico, todo él dibujado en las espaldas de los guerreros que se llamaban: *Amanecer*, *“La Estación de las Cerezas”*, *El Viejo Volcán da la Bienvenida a la Primavera*, *Un Gorrión en Campo de Soja* y *El Dragón que guardaba el Pabellón Dorado de la joven Emperatriz*, de acuerdo con el tema de sus tatuajes.

Para engendrar un hijo perfecto, madamme Tai Tsong se tatuó un ángel en el vientre.

Inesperadamente la bruma se abrió al fulgor vivísimo de la hoja de aquel cuchillo: la muerte y el espejo en un solo objeto. Alzó la mano y con ello el arma, y al hacerlo, como un cazador místico, el acero aprehendió el vuelo de una tórtola. “Nada puede sostenerse en un arma mortífera”, dijo el muchacho, mientras que, vertical, el ave caía a sus pies.

Sabiendo que ya no volvería a ver el ciclo de las estaciones, el maestro llamó al discípulo amado, y con la paciencia de un joven pinzón trezando su nido, dibujó en la cara del muchacho los mismos rasgos sobre los que dibujaba, y luego, displicentemente, como si le hubiera sido revelado el ruido de una sola mano, dijo: “Nada debes temer, querido muchacho, pues, aunque llegues a la ancianidad, la belleza de tu rostro de hoy permanecerá retenida sobre tí en este tatuaje de tí mismo”.

**El joven y petulante señor de Amatera-
su tenía grabado en su pecho el dibujo
de un guerrero, y un día dijo: “Este lu-
chador tiene un pequeño corazón que la-
te descompasado del mío, y esto no es
justo”. Y como quisiera zanjar aquella
impertinente cuestión, con un gesto de-
candido clavó su espada en el centro del
diminuto guerrero, sin comprender que
su propio corazón dependía y estaba de-
fendido por el sueño de una imagen.**

**Tanuma, samurai del segundo barón de Taira, fue declarado culpable de
alta traición al haber mencionado en público la rareza iniciática de un li-
rio, tatuaje y emblema secreto de la princesa Tokugawa.**

**Con el tono levísimo en la voz del viento en
el otoño, turbada, ocultándose tras los di-
fuminos del biombo de nacar, la joven Em-
peratriz viuda, cuando fue solicitada por sus
eunucos para que accediera, por el bien del
Estado, a celebrar nuevas nupcias, trémula-
mente dijo: “Accedo, mas mi nuevo marido
deberá llevar tatuado en el pecho la apaci-**

En las páginas de fortaleza del *Makura* o *Libro de la Almohada* se dice que en el monasterio zen de Tendai había un monje tan veleidoso como joven, y que, para dominar sus pasiones, se hizo grabar el dibujo de una cinta anudada en su pecho. Mas, habiendo en cierta ocasión gozado a una doncella, tuvo un sueño en el que una garza de oro le picoteaba aquel nudo, viéndose, al volver a la vigilia, el insensato joven libre para siempre de sus votos.

El señor de Joshimitsu, momentos antes de morir, dijo a sus samuráis: “Conoceréis a mi heredero porque he tatuado el rojo de mi sangre con el dibujo de un carpa escarlata, que también nadará en su sangre”.

Un monje de Koya ha querido ver en esta hermosa parábola una profecía acerca de las luchas sucesorias que asolaran el shogunato de Fujinara, a la muerte de este señor.

La princesa de Kyushu fue poseída en secreto por el Shogún de Soga. Aquel señor, para hacerla más suya, ordenó que le grabasen la armonía de un crisantemo en su vientre. Dicen las crónicas imperiales que esta misma muchacha fue elegida por el Hijo del Cielo, y que la princesa, temerosa de ser descubierta y rechazada, pidió a los dioses que la liberasen de aquella marca cómplice. Y así fue, pues la noche antes de recibir al príncipe, la flor desapareció milagrosamente, no sin que al amanecer unas hojas mustias, sueltas por el lecho, evidenciaran aún la existencia de aquel grabado.

“Esta es la prueba”, dijo a sus jueces el joven Shugo de Odawara, descubriendo el desnudo ardiente de su esposa que, en las ingles, próximo a las pinceladas de tinta del más bello pubis, un tatuaje dibujaba el rostro de un samurai rival de este señor.

De la geisha Owari, dichosamente recordada en Kyoto en los años de la Emperatriz viuda, una esclava hizo este elogio: “No hay en la piel tensísima de mi señora lugar para más nombres, ni en su tocador sitio para otros perfumes, y sólo la mano de Buda puede grabar tatuajes más hermosos”.

“No os equivoquéis —dijo la señora de Yoshinaka al Emperador que la requería— nada prodigioso encontraréis en mi cuerpo más allá de la belleza cierta de unos versos de Li Po que un sabio maestro grabó en mis senos”.

La mezcla de la sangre y el cinabrio, el instante poético de la primavera abriéndose en los campos, el vuelo de una golondrina de mar, son los momentos que me recuerdan ahora el cuerpo tatuado de una antigua muchacha. Ella es la realidad; el tiempo, un simple dibujo.

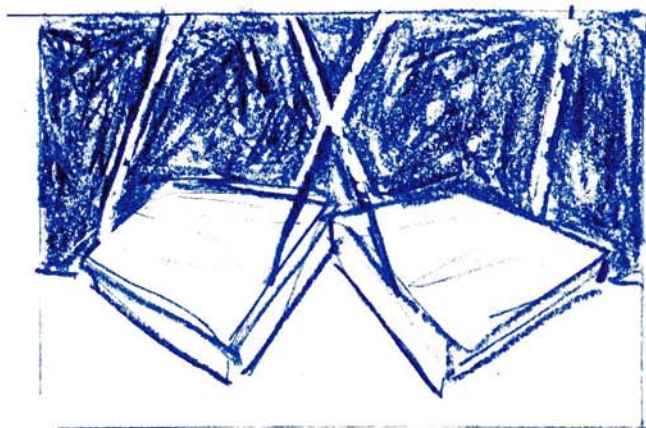
“Amor y arte se explican en un mismo espacio”, dijo el anciano maestro mostrando el desnudo prodigioso de un jovencito al que había tatuado una paloma sorprendida por un halcón en su espalda.

Esta anécdota se cuenta del maestro de tatuajes del segundo Emperador Retirado, pintor muy conocido tanto por la liberalidad de sus costumbres como por lo equívoco de sus palabras. Durante el shogunato de Minamoto este cuentecillo estuvo prohibido.

Al severo Shogun Ieyasu se le debe esta advertencia: “Podéis grabar cuantas veces queráis el cuerpo de las geishas, mas deberéis respetar la piedra de las estatuas públicas”.

Antes de partir para la guerra, el shogún de Nara hizo grabar en el vientre blanquísimo de su esposa la sombra de un dragón temible. Durante la larga guerra gempei, al parecer, la señora de Nara fue complacida por la imaginación de un samurai que descubrió la indefensión de su espalda.

El maestro de pergaminos de la gran corte fue ejecutado en Kyoto, en el siglo XI, al haber sido declarado culpable de realizar un tatuaje en el pecho del shogún de Kamakura e inducir al dibujo a que diera muerte, como así hizo, a su dueño.



Las serigrafías que se incluyen firmadas y numeradas por su autor han sido estampadas en el taller de Angel López, Madrid, sobre papel de Gvarro Casas. Consta la edición de 180 ejemplares numeradas en árabe, 7 pruebas de artistas signadas en romano y 10 ejemplares mas como H/C destinadas a colaboradores.

C O L O F O N *La presente carpeta contiene tres*



serigrafías de José Manuel García Agüera y la colección completa de Tatuajes escritos por Rafael Pérez Estrada para esta ocasión. Consta de 180 ejemplares numerados en árabe, 7 pruebas de artista signadas en romano y 10 ejemplares más como H/C destinadas a colaboradores.

La composición tipográfica y la impresión se realizaron en los talleres de Meridional Impresores, S.C.L. de Granada, y el manipulado de la carpeta por G.A. Ediciones, en Coín, concluyéndose la edición, según maqueta de Julio Juste, el día 6 de diciembre de 1987, día de la Constitución.

Acrobacias, completa la tercera entrega de Ediciones Coincidentes de la Galería Alameda de Coín.



Reeditado en formato digital por la
FUNDACIÓN GARCÍA AGÜERA
especialmente para amigos, en
Coín a 11 septiembre 2011

www.fundaciongarciaaguera.org

